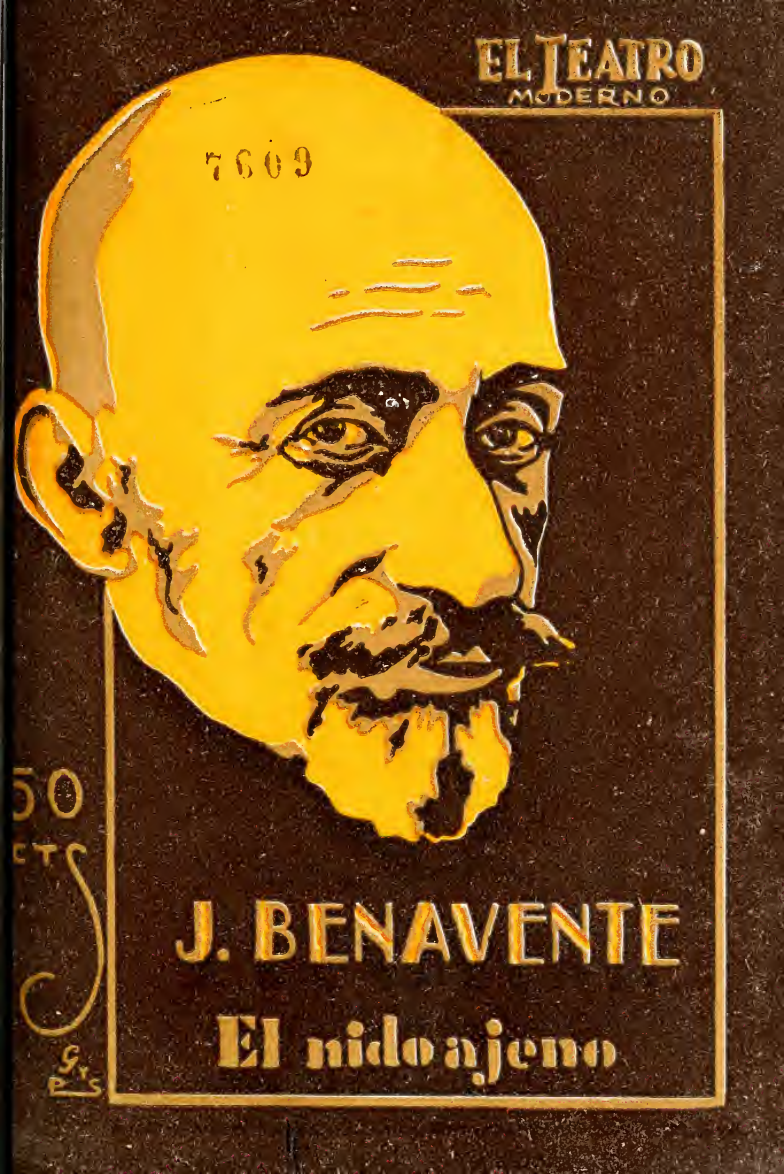
EL TEATRO
MODERNO

7609



50
CTS

J. BENAVENTE

El nido ajeno

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Jacinto Benavente
Premio Nobel de Literatura de 1922

EL NIDO AJENO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 6 de octubre de 1894

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 8-XII-1928 NÚM. 172

Lea Vd.

LOS JUEVES

Los novelistas

30 CTS.

LOS SABADOS

EL TEATRO MODERNO

50 CTS.

LA NOVELA VIVIDA

30 CTS.

AVENTURAS

50 CTS.

LOS DOMINGOS

EL CINEMA

50 CTS.

Pida folleto explicativo de suscripciones con regalos

Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21.
Teléfono 16244. — Madrid.

EL TEATRO
MODERNO

dedica este número a don Jacinto Benavente, en testimonio de adhesión al homenaje que le acaban de rendir sus admiradores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María...	*Srta. D.ª Carmen Cobeña.*
Emilia...	*Sra. D.ª Sofía Alverá.*
Luisa...	*Srta. D.ª Soledad López.*
José Luis...	*Sr. D. Miguel Cepillo.*
Manuel...	— *Emilio Thuillier.*
Julián...	— *Francisco Urquijo.*

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Al eminente actor y director
DON EMILIO MARIO
y a los actores que bajo su dirección, y de un modo perfecto, han representado esta comedia, como pobre expresión de su gratitud, se la dedica

EL AUTOR

ACTO PRIMERO

Comedor elegante en casa de José Luis.

ESCENA I

Emilia y *Luisa* entrando.

EMILIA.—¿Dice usted que no tardará en volver la señorita?

LUISA.—No, señora. Salió a misa y de compras. Van a dar las once, la hora del almuerzo, y ya sabe usted la puntualidad de los señoritos.

EMILIA.—¡Digo! No hay casa más ordenada. Ni más ni menos que la mía. ¡Mayor desbarajuste! Pero vaya usted a poner orden con cuatro chiquillos y los criados y las amas correspondientes... Aquí, ya se ve, el matrimonio solito, dos criados... Si no tendrán ustedes nada que hacer.

LUISA.—No hay mucho trabajo.

EMILIA.—Y el señorito, ¿está mejor?

LUISA.—Delicado, como siempre. La semana pasada tuvo uno de sus ataques, quedó muy resentido; pero desde que llegó el señorito Manuel, parece que está más animado.

EMILIA.—¡Cómo! ¿Llegó el señorito Manuel?

LUISA.—Sí, señora; cuatro días hace.

EMILIA.—Sí, le esperaban de un día a otro. Pero me choca no haber sabido que estaba aquí... Mi marido ve

607924

en Bolsa todos los días al señorito, y es extraño que no le haya dicho nada.

LUISA.—El señorito habla tan poco...

EMILIA.—Y ¿ha venido bueno?

LUISA.—Muy bueno, sí, señora. ¿Usted no le conoce?

EMILIA.—Si hace tantos años que anda por esos mundos... Desde antes de casarse su hermano; y mi amistad en esta casa es por la señorita María. He oído hablar mucho de él, de sus viajes, de sus aventuras. ¿Se parece a su hermano? Dicen que es otro genio.

LUISA.—No se parece en nada. Es muy simpático, buen mozo, muy alegre, muy cariñoso...

EMILIA.—Vaya, vaya. Con eso la casa estará más animada.

LUISA.—Sí, señora; créalo usted. Hay más alegría, más animación... ¡Ah!, la señorita. *(Viendo llegar a María. María entra como de misa; mientras saluda a Emilia, Luisa le quita la mantilla, recoge el devocionario y demás prendas y se retira.)*

ESCENA II

Emilia y *María.*

EMILIA.—¿Cómo estás, querida?

MARIA.—¿Hace mucho que me aguardabas?

EMILIA.—Un instante. Ya sé que estáis buenos, que llegó tu cuñado.

MARIA.—¿Y tu marido y los chicos?

EMILIA.—Buenos, todos buenos. Fernando, muy ocupado. Ya vendrá conmigo a saludar a tu hermano político... Tú apenas le conocías, ¿verdad?

MARIA.—Le conocí cuando éramos niños. Ya sabes que tu familia y la mía estaban muy unidas; su padre y el mío eran socios. Pero Manuel marchó de España tan joven... No esperábamos volverle a ver.

EMILIA.—Dicen que ha hecho dinero por esas tierras.

MARIA.—¡Un gran caudal! El es muy emprendedor, la suerte le ha favorecido...

EMILIA.—Sigue soltero, por supuesto.

MARIA.—Y sin intenciones de casarse, según afirma.

EMILIA.—¡Un tío rico y solterón! Pero vosotros, ¿en qué pensáis? No tenéis decoro si no le obsequiáis con una docena de sobrinos...; si no queréis molestaros, en casa hay cuatro, y allí no hay dinero ni herencias en perspectiva... ¡Bueno anda todo!

MARIA.—Manuel es joven, y figúrate si le faltarán proporciones.

EMILIA.—En cuanto se enteren en Madrid, os lo secuestran. ¡Buenas andan las madres que tienen hijas! El papel hombre ha subido mucho. Antes, más o menos bonita una muchacha, a cierta edad, no le faltaba novio, bueno o malo. Nos cotizábamos a la par; pero ahora, hija, está el cambio por las nubes. Las madres debían hacer un empréstito al extranjero.

MARIA.—¡Qué ocurrencia!

EMILIA.—Y ¿qué es de tu vida? ¿Te has abonado al Real?

MARIA.—No. ¿Para qué? El año pasado fuimos tres noches en toda la temporada; es tirar el dinero. José Luis está delicado, no tiene humor ni ganas de vestirse, le cansa todo... Ya sabes cómo es él.

EMILIA.—Sí...; pero, hija mía, hacéis una vida muy triste..., metidos entre cuatro paredes. Siquiera recibierais alguna gente...

MARIA.—A todo se acostumbra una, y yo no estoy acostumbrada a divertirme mucho. Bien lo sabes tú; en mi casa pasaba lo mismo.

EMILIA.—En tu casa, siquiera, había tertulia los sábados. Se jugaba al julepe, se tomaba chocolate, iban nuestros novios...

MARIA.—Nuestros maridos hoy.

EMILIA.—Y el tuyo fué el primero y el único. ¡Has sido siempre tan formal!... Yo mariposeé un poco con aquel sevillano, ¿te acuerdas? Si me caso con él, me luzco. ¡Qué vida dió a su pobre mujer!... Nosotras no podemos quejarnos. Tuvimos buen acierto.

MARIA.—¡Ve una matrimonios tan desdichados!...

EMILIA.—Es un horror... Y los que, en apariencia, son muy felices, y si va uno a mirar... ¡Qué pendientes tan bonitos!

MARIA.—Regalo de mi cuñado.

EMILIA.—¡Preciosas perlas! Hija, la gente rica...

MARIA.—¡Oh! Me ha traído preciosidades... Ya verás... *(Dan las once.)*

EMILIA.—¡Las once y no ha venido tu marido! *(Suena la campanilla.)*

MARIA.—Ya está ahí. *(Toca un timbre.)*

EMILIA.—¡La puntualidad misma! *(Entra Julián.)*

MARIA *(A Julián.)*—Vea usted si se ha levantado el señorito Manuel y sirva usted el almuerzo en seguida. *(Sale Julián. A Emilia.)* ¿Quieres almorzar?

EMILIA.—No, me voy corriendo. ¡Bueno andaría aquello si yo faltase! Venía a convidarte al teatro. Tenemos palco para el estreno de esta noche.

MARIA.—No sé si José Luis querrá que vayamos... Ya te avisaré.

ESCENA III

Dichas y *José Luis.*

JOSE.—Muy buenos días.

EMILIA.—Llega usted a tiempo.

JOSE *(Sentándose a la mesa.)*—Me he retrasado un poco. ¿Quiere usted almorzar?

EMILIA.—¡Jesús! ¡Que no se enfríe! Son las once en punto. Quise decir que llegaba usted a tiempo de aceptar una invitación para el estreno de esta noche. María no se atreve a darme su palabra sin contar con usted.

JOSE.—Cualquiera dirá que soy un tirano.

EMILIA.—No es usted tirano. Nadie lo dice. Pero María es una esposa ejemplar y cumple bien con aquellas menudencias de la Epístola, que no todas guardamos puntualmente... "La mujer no saldrá de casa sin permiso del marido..."

JOSE *(A María.)*—¿Quieres ir?

MARIA.—Si tú vienes...

JOSE.—No estoy bueno. Esta mañana tuve un ataque de bilis.

MARIA.—Entonces nos quedaremos en casa. *(A Emilia.)* Ya lo oyes.

EMILIA.—¡Vaya, hay que animarse! Si no hace usted

por distraerse... Dicen que es preciosa la comedia de esta noche. Estará muy bien el teatro... Por supuesto, hago extensiva la invitación a su hermano, aunque no tengo el gusto de conocerle, y reciba usted mi enhorabuena por su feliz llegada. Ya tendría usted deseos de verle... ¿Es el único hermano que tiene usted?

JOSE.—El único. Fuimos cuatro; sólo quedamos el menor, Manuel, y yo, el primogénito. Manuel ha sido el único sano y robusto en la familia. ¿No se ha levantado todavía?

MARIA.—Ya he dicho que le avisen.

JOSE.—Acostumbrado a vivir solo, no se acomoda a la vida de familia. Siempre fué muy desordenado... Si tarda, almorzaremos. Ya sabe cuánto me gusta la puntualidad. El desarreglo en las comidas me mata.

MARIA *(Llama.)*—Almorzaremos. *(A Julián, que entra.)* El almuerzo.

JULIAN.—El señorito Manuel viene en seguida. *(Sale a preparar la mesa.)*

EMILIA.—Yo me retiro... Conque, ¿contamos con ustedes?

MARIA.—No; ya ves que José Luis no está bueno. Espera un momento, conocerás a su hermano.

EMILIA.—Tengo curiosidad... No estoy muy presentable, salí de trapillo.

MARIA.—Eres de casa.

JOSE.—Dame la magnesia.

MARIA *(Trayendo un frasco del aparador.)*—Toma... *(Prepara el refresco.)* ¿Pero de veras no estás bueno?

JOSE *(De mal humor.)*—¡De veras! Creerás tú que mi enfermedad es como tus jaquecas... Estoy muy malo.

EMILIA.—Trabajan ustedes demasiado. Es mi tema con Fernando... Fernando es fuerte; pero el afán de los negocios, la Bolsa, el Congreso..., es no parar en todo el día. Al fin, él tiene cuatro hijos por quien mirar...; pero usted solo con su mujercita... Debía usted dejarse de negocios ,y descansar y cuidarse y divertirse mucho, que la vida es corta.

MARIA *(Ofreciéndole la copa.)*—¿Está bien así? ¿Quieres más azúcar?

JOSE *(Con ira.)*—Ya no sé qué tomar ni qué hacer. ¡Hay para desesperarse!

MARIA *(Cariñosa.)*—Vamos. Ten paciencia. Hoy no sales de casa.

JOSE.—Sí, justamente. Poco tengo que hacer...

MARIA.—Lo dejas para otro día.

JOSE.—¿Tú crees que mis asuntos son como los vuestros?... Visitas y compras que a cualquier hora y cualquier día da lo mismo.

MARIA *(Con reconvención cariñosa y queriéndole hacer notar la presencia de Emilia.)*—Vas a echar fama de mal genio.

EMILIA *(Ha comprendido y quiere disculparle.)*—Cuando está uno enfermo, todo incomoda. Es natural.

ESCENA IV

Dichos y *Manuel.*

MANUEL.—¡Salud, hermanos! *(Al ver a Emilia.)* Señora...

MARIA *(Presentándoles.)*—Mi hermano Manuel... La señora de Ordóñez, amiga mía de toda la vida...

EMILIA.—¡Tanto gusto!... *(Aparte a María.)* ¡Es muy simpático!

JULIAN *(Entra con el almuerzo.)*—El almuerzo.

EMILIA *(Despidiéndose.)*—Ya tendremos el gusto de verle por casa. Sabe usted que cuenta con unos amigos. *(A José Luis.)* Que usted mejore. *(A María, besándola.)* Adiós, monísima; no dejes de ir por casa. *(Sale.)*

ESCENA V

María, José Luis y *Manuel,* sentados. *Luisa* y *Julián* sirven el almuerzo.

JOSE.—¡Gracias a Dios! Creí que no almorzábamos.

MANUEL.—¿No habíais empezado por la visita, o por esperarme?

MARIA.—Por la visita. *(A José Luis, viendo que no se sirve.)* ¿No te sirves?

JOSE.—No. Es muy indigesto. No me atrevo.

MARIA—¿Quieres otra cosa? ¿Un huevo pasado por agua, un filete de lenguado? ¿Por qué no dices lo que quieres? *(A Manuel.)* ¿Ves qué rareza? Hay que adivinarle los pensamientos.

MANUEL.—Conozco el sistema. Pasarás el día mirándole a la cara para comprender lo que quiere. Estarás más ducha en fisonomía que el mismísimo Lavater.

JOSE *(Molestado.)*—Cuando está uno enfermo, y, por lo tanto de mal humor, creo que sea lo más prudente no hablar que decir cosas desagradables.

MARIA.—No me importaría muchas veces que me dijeras algo desagradable, con tal de entenderte... Tienes razón, Manuel... siempre le estoy mirando a la cara para adivinarle los pensamientos. Pero soy tan torpe... o él es tan poco expresivo, que rara vez acierto.

JOSE.—¿Que hablo poco?... Los más elocuentes por dentro suelen ser los más silenciosos, los menos expresivos... como tú dices. Los que piensan poco, los más habladores. Como son pocas sus ideas, pronto les dan salida, con fluidez pasmosa... ¡Es natural! Dos o tres personas solas pasan más fácilmente por una puerta que una multitud agolpada.

MANUEL. — ¿Es motejarme por hablador? Lo seré porque pienso menos que tú lo que digo... Pero siento... y cuando siento algo, he de decirlo... aunque diga una tontería o algo desagradable.

MARIA *(A José Luis.)*—¿Tampoco comes de esto?

JOSE.—No tengo gana. ¿Qué hay después?

MARIA.—Para ti, carne asada.

MANUEL.—Pero... ¿no estás bueno?... No comes nada. Yo, en cambio, tengo un apetito... He cogido a deseo la comida casera.

MARIA.—¿De veras te gusta? Yo que procuro darte de comer a estilo de fonda...

MANUEL.—Pues agradezco más una paella, un buen cocido y hasta unas albondiguillas.

JOSE.—¡Lo que son las cosas! No sabes las peleas que tenía en casa, con nuestra madre, por las comidas. Entonces, todo eso que ahora pondera le parecía guisotes, y prefería comer en el café o en la fonda.

MANUEL *(Con tono ligero, apenas tocado de cierta gravedad y ternura; sobre todo debe evitarse el tono solemne y declamatorio.)*—Es la condición humana. El espíritu de rebeldía constante que existe en nuestro espíritu contra todo lo que se nos impone; hasta contra el cariño maternal. A nadie quizás atormentamos en el mundo como a nuestra madre; con nadie somos tan ingratos. ¡Egoísmo humano! Tan seguros estamos de que nadie como nuestra madre ha de perdonarnos la ingratitud. Pero hay en la vida una hora de justicia para todos... y las lágrimas que al morir una madre lloramos, con dolor a ninguno parecido, deben ser, si desde el cielo pueden verlas, la mayor, la más pura alegría que podemos dar al alma de nuestras pobres madres los hijos ingratos.

JOSE.—Yo no lo fuí nunca.

MANUEL.—Porque nunca fuiste joven. Porque en ti se alteraron las leyes de la vida. Fué una rebeldía también, a tu modo. Pero ya ves lo mal que te ha probado. Créelo, la Naturaleza es muy sabia. Hemos de ser niños, jóvenes, hombres, viejos por fin; a su tiempo cada cosa, con las pasiones, vicios y virtudes propios de cada edad. Tan mal parece un niño reflexivo y juicioso como un vejete travieso y casquivano; y tan impropio es de un muchacho contentarse, sin protestas, con el cocido casero, como en un hombre de juicio irse de bureo a la fonda. Hay que distinguir la maldad permanente de cada uno y las maldades propias de cada edad, pasajeras con ella. Digo esto, porque en mí tomasteis por maldad las ligerezas de la juventud. Sí, María, tú, como todos, habrás oído hablar de mí a mis padres, a José Luis; tú sabrás lo que de mí pensaban... Yo bien lo sé. Era el Judas de la casa.

MARIA.—Eso no. Tu madre te disculpaba siempre, y todos te queríamos.

JOSE.—Más que él a nosotros. ¿Qué le faltaba al lado nuestro? Sin pena nos dejaste, y has vivido feliz sin nosotros. *(Han concluído de almorzar; los criados se retiran, dejando preparado el café. Hay más intimidad en el diálogo.)*

MANUEL.—Por eso he vuelto a ti, a que me juzgues,

ahora que mi vida de aventuras ha concluído, en nombre de nuestros padres, que ya no existen. Tú dirás si fuí mal hijo, si soy mal hermano; y por si a ti te ciegan antiguos rencores, que no deben subsistir entre nosotros, María juzgará. Las mujeres entienden mejor lo que hay de bueno en el corazón de un hombre. En casa, ¡como habíais de conocer el mío, si nunca pude hablar con el corazón!

MARIA.—Vamos, no te acalores. Lo pasado, pasado. Hoy todos sabemos lo que vales. No hubieras tenido tanta suerte a no ser digno de ella.

MANUEL *(Siguiendo su idea y dirigiéndose a María principalmente.)*—Ya sabes cómo vivíamos en nuestra casa. Erais vecinos, y tu padre igual en carácter al nuestro; por algo eran socios. Allí nadie tenía más voluntad que la de mi padre. ¡Qué rigidez, qué severidad! Cuando él estaba en casa hablábamos en voz baja: nuestros juegos le incomodaban, nuestras risas le hacían daño. Le veíamos salir con alegría, respirábamos con libertad, jugábamos, reíamos. Nuestra madre no era así. Toda bondad, toda dulzura, nuestra defensora siempre, nuestra cómplice muchas veces. "No incomodéis a vuestro padre—nos decía—; es muy bueno, pero está siempre preocupado con sus negocios. Todo por vosotros, hijos míos; por vosotros trabaja tanto y se afana..." ¡Pobre madre! Quería convencernos de que nuestro padre era muy bueno... y nos quería y nos besaba por los dos... Mi padre no me besó nunca. Trabajar, afanarse por los negocios, era la manifestación de su cariño. Pero aquel trabajo, jamás confortado con nuestras caricias, parecía sin ellas más penoso, forzado, aborrecible, ingrato... ¡Farsa de cariño paternal! Se afanaba en sus negocios, porque eso era su goce único en la vida; hiciera igual sin mujer y sin hijos a quienes legar el fruto de sus afanes. Era la pasión del negociante codicioso. Más duro es el trabajo para el infeliz obrero, carga más pesada para él son los hijos, y concluída la jornada, aún le quedan fuerzas para tomarlos en brazos y ternura en el corazón para besarlos. *(A José Luis.)* Tú no sentiste la falta de halagos y caricias. Entendías muy bien de cuentas y sabías lo que ganaba nuestro padre... Yo me re-

belaba contra su severidad injusta, protestaba en mi corazón... contra aquella farsa de cariño, y por eso era el malo, el Judas, porque... por más que hacía, no podía querer ni respetar a mi padre.

JOSE *(Se levanta. Con severidad.)* — No le respetaste vivo, tampoco respetas su memoria. Nunca estuvimos de acuerdo en apreciarle. Como es mi sentimiento más respetable, porque es más natural y más digno de un hijo, respétale.

MARIA *(Se levanta también. Dirigiéndose a uno y a otro, queriendo conciliarlos.)*—¡José Luis!... ¿No estáis incomodados? Dejad los recuerdos, desechad esa desconfianza recelosa... Si lo sé: el uno desconfía del cariño del otro; es el modo de no llegar a quererse nunca. *(A Manuel.)* Eres injusto; José Luis tenía tantos deseos de verte... *(A José Luis.)* Y Manuel, cuando no estás tú, ¡me habla de ti con un cariño!... ¡Qué remedio! Si sois hermanos... *(Atrayéndoles uno a otro.)* Un abrazo muy fuerte, muy fuerte. *(Se abrazan.)* Y otro a mí, que nos una a los tres... *(A Manuel.)* También yo soy tu hermana... y en mi cariño has de creer. *(Con infantil confianza.)* Yo soy muy expansiva... *(Bajo.)* José Luis es otro carácter... En el fondo es muy bueno.

MANUEL *(Bajo también a María, pero no como aparte. José Luis se ha retirado hacia el fondo.)* — ¡En el fondo! Eso decían de mi padre. ¿Qué me importa que en el fondo de un pozo haya un tesoro, si para llegar a él he de ahogarme?

JOSE *(A María.)*—¿Vas a salir esta tarde? Te mandaré el coche. Voy a la Bolsa.

MANUEL *(Con desprecio cómico.)*—¿El coche?... No nos hace falta tu coche.

JOSE.—¡Alguna locura!

MANUEL *(A María.)*—Me permito poner a tu disposición la berlina y el tronco que tanto te gustaron ayer.

MARIA.—No, Manuel. Eso es un disparate. Has gastado un caudal en obsequiarme.

MANUEL.—¡Pobres hijos míos! No vayan a quedarse en la miseria.

MARIA.—Puedes tenerlos todavía.

MANUEL *(En broma.)*—¡Eso sí que no! Ya lo sabes.

Los hijos somos muy ingratos. Yo no quisiera ser hijo mío, y si yo fuera hijo mío, no quisiera ser mi padre.

MARIA *(Risueña.)* ¡Qué tonterías! Pues no acepto el regalo.

MANUEL.—Me enfadaré. *(A José Luis.)* Con esa condición hago las paces contigo. *(Cariñoso, echándole un brazo por el cuello.)* ¡Mal genio! ¡Si tendrás por fin que quererme! Un abrazo.

MARIA *(Complacida.)* ¡Pobre Manuel! Bien dicen: mala cabeza, pero buen corazón. Ya ves si te hago justicia.

MANUEL.—¡Ay, María! Es que de ti fluyen raudales de bondad; al lado tuyo nadie puede ser malo. Aunque sólo fuera por haberte elegido por esposa, y por lo que te quiere, tendría yo que querer a mi hermano. Sí, señor hermano: todo se lo perdono a usted, pero cuidado con ser mal marido... Anda a la Bolsa, a tus negocios... ¿Sabes lo que pienso? ¡Quiera Dios que no te parezca infame! Me alegraría que todo te saliese mal, que lo perdieses todo, que te arruinases... y entonces verías quién soy yo, el tunante, el desalmado... *(José Luis, conmovido, le abraza.)*

MARIA *(Con alegría.)*—¡Así me gusta!

MANUEL.—¡Estoy más contento!... Lloro de alegría... ¡Si vosotros supierais lo que es vivir solo, sin nadie para quien nuestras penas o nuestras alegrías puedan ser alegría ni pena!... No poder desahogar el corazón... Ir amontonando en él tristezas y goces no compartidos... ¡Ay, por fuerza ha de endurecerse! Dejad ahora que llore y que ría entre vosotros, que me queréis y tenéis lástima de lo que he llorado solo... y sois felices hoy con mi alegría.

MARIA *(Conmovida.)*—¡Pobre Manuel! ¡Qué bueno eres!

MANUEL.—¡Soy bueno! ¿No es verdad?... Lo dices tú, mi madre lo decía también, las dos personas mejores que he conocido. ¡Tendré que creerlo!

MARIA. — Lo dicen muchos pobres también, Manuel. Todo se sabe.

MANUEL.—Eso no. ¡Vaya un mérito dar lo que a uno le sobra!

MARIA.—Es que en América bendicen tu nombre muchos desvalidos; es que hiciste la caridad con amor.

MANUEL.—¿Amor? También me sobraba; no me convences. Verás ahora cómo economizo el amor y el dinero. Y si al fin... ¡qué demonio!, yo he venido aquí por un Manolito. Ya podéis traérmele.

MARIA *(Con malicia.)*—Enviaremos un memorial.

MANUEL.—¡Eso, eso, muchos memoriales!

JOSE *(Despidiéndose.)*—¿Conque te mando el coche?

MANUEL.—No, señor; no hay más que hablar.

MARIA.—Estrenaré tu regalo. Pero has de acompañarme.

MANUEL *(A José Luis.)* Iremos a buscarte... Hasta luego.

JOSE.—Hasta luego. *(Se abrazan.)*

ESCENA VI

María y *Manuel.* Al final, *Luisa.*

MARIA.—¿Ves cómo es muy bueno?

MANUEL.—¡Huroncillo, huroncillo! ¿Qué voy a contarte? ¡Demasiado le conocerás tú!

MARIA.—Carácter reconcentrado, corazón que no se abre al primero que llega. ¡Cuesta mucho franquear la entrada!

MANUEL.—Hay personas así, como algunas viviendas con magníficas habitaciones y mala escalera.

MARIA.—¡Podré muy poco si no consigo que os queráis con verdadero cariño de hermanos!

MANUEL.—¡Ansioso vengo de cariño! ¡He vivido tanto tiempo solo!... Extraño en todas partes. Mi protector, mi verdadero padre, don Gabriel, murió a poco de llevarme consigo. Desde entonces no he tenido un amigo, no he tenido a nadie. Ni aventuras pasajeras, ilusiones de amor, para engañar mi soledad tristísima. Hay espíritus prácticos que saben repartir de tal modo el corazón en afectos ligeros, sin entregarle por entero en ninguno, que de mil cariños suaves, tranquilos, componen un grato calorcillo que conforta y alivia el corazón... Yo fui siempre arrojado en mis empresas, siem-

pre comprometí en ellas todo mi capital; en un día, la ruina o la opulencia. Por eso tuve miedo a querer, porque en un solo cariño hubiera puesto todo mi corazón, el alma entera... ¡Y acaso hubiera sido mi ruina! Fuí muy dichoso en mis empresas. ¡Quizás la suerte se hubiera vengado! Era desafiarla pretender dicha en todo.

MARIA.—Por lo mismo que no has malgastado tu corazón, has de hallar para él digno empleo. Manuel, yo creí siempre que eras bueno; mereces ser feliz.

MANUEL *(Sentado en un sillón o chaise-longue, adormecido.)*—Allá veremos. Rendido estoy. No quiero volver errante por esos mundos.

MARIA.—No, Manuel. Descansa, descansa, y ve pensando en labrar tu nido.

MANUEL.—Sí, María. Mientras, dejad un lugar en el vuestro a esta ave de paso.

MARIA *(Cariñosa.)* ¿Tienes sueño? ¡Te acostaste tan tarde!...

MANUEL.—¡Hay un silencio, una tranquilidad en esta casa...!

MARIA.—Duerme... *(Pausa.)*

MANUEL *(Bajo, medio dormido.)* ¡María!...

MARIA *(Acercándose con cariño.)* ¿Qué? Manuel...

MANUEL.—Llámame hermano.

MARIA.—¡Hermano!

MANUEL.—Así... Era una ilusión mía tener una hermana...

MARIA.—Ya la tienes.

MANUEL *(Durmiéndose poco a poco.)* Sí... ¡Qué buena... qué hermosa! ¡Tú... y mi madre! *(Queda dormido.)*

MARIA *(Contemplándole.)*—¡Pobre Manuel!... ¡Es un niño!

LUISA *(Desde la puerta.)*—Señorita...

MARIA *(Imponiendo silencio.)*—¡Chist!... Voy. No hagan ustedes ruido. *(Indicando a Manuel.)* El señorito está dormido. *(Sale.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante.

ESCENA I

José Luis y *Manuel,* sentados.

MANUEL.—Yo no creí que volverías tan pronto. Estos asuntos son tan enredosos...

JOSE.—Gracias a mi intervención, todo pudo arreglarse a tiempo. Hice bien en no detenerme. La cantidad era insignificante, y se trataba de uno de mis corresponsales más estimados por su honradez y su actividad. De ningún modo podía yo consentir que fuese declarado en quiebra. Pero cada día me cansan más los negocios, no estoy para nada... este viaje, este asunto, me han producido un malestar, una excitación...

MANUEL.—María quedó pesarosa de haberte dejado marchar. Temía que no te sentase bien el viaje. Lo que no debiste hacer es marcharte solo; porque conozco tu genio y te opusiste con energía, no insistí en acompañarte; pero debí hacerlo.

JOSE.—Llegabas de un viaje largo, penoso, y ¿habías de molestarte?... Y que María se quedaba sola... con su carácter triste...

MANUEL.—¡Qué buena es María! ¿Verdad? ¡Bien he tenido ocasión de apreciar lo que vale! *(Pausa.)* Llegué a España, pesaroso ya de haber emprendido el viaje de regreso. Era triste hallarme extranjero en todas partes. ¡Pero volver a mi patria y sentirme también extranjero en ella!... ¿Quién se acordaba ya de mí? ¿Quién me esperaría?... Tú estabas casado... nos separamos casi niños, y nuestro afecto fraternal llevaba revueltos rencorcillos y rivalidades... Tú eras el preferido de nuestro padre, yo el de mi madre... La lucha era continua entre nosotros... ¡Y tú vencías siempre! Nos separamos sin tristeza, nos comunicamos apenas; una carta de tar-

de en tarde. ¡Ya ves qué podía esperar de ti al volver! Mi primera intención fué irme a una fonda. ¡Y mira cómo soy! Al ir a dar las señas de un hotel al mozo que llevaba mi equipaje hasta un coche, me pareció que el suelo de mi tierra me faltaba, que se me oscurecía el cielo... y con lágrimas en los ojos, en un arranque del corazón, di las señas de tu casa... ¡Es la casa de mi hermano!... Así dije, con orgullo. ¡Mi hermano!... ¡Me daba vergüenza y dolor que me tomasen por extraño en donde he nacido! Entré en tu casa desconfiado, receloso. Tú, por tu parte, me recibiste lo mismo. ¡Bah!, pensé; cumpliremos con este deber de familia, estaré una semana... y a vagar otra vez; mi destino es ése. Y, ya lo ves, los recelos se desvanecieron; hoy confiamos en nuestro cariño y no pienso en marcharme... ¡No quiero pensarlo! Vivo feliz en el nido ajeno. Pues todo ello es obra de María; sin ella hubiéramos enconado los pasados rencores. ¡Sabe Dios cómo hubiéramos roto para siempre! Yo conozco mi genio, conozco el tuyo... ¡María ha hecho que seamos por fin hermanos! *(Le abraza.)*

JOSE.—¡Mucho ha simpatizado contigo!

MANUEL.—La divierte oír relaciones de mis viajes.

JOSE.—Los viajes la entusiasman. Hace tiempo le prometí llevarla a París, Londres, Italia... un viaje por Europa. Pero mis asuntos y mi salud no me han permitido cumplirle la promesa.

MANUEL.—Pues sí debíais hacer ese viaje. ¡Viajar en compañía de una persona querida debe de ser delicioso! Para uno solo, todo reviste cierta melancolía en tierra extraña... ¡Cuanto más grande el paisaje, cuanto más admirable la obra de arte, más nos abruma con su grandeza! ¡Solos ante tanta magnificencia, pigmeos enfrente de la grandiosidad!... Pero dos corazones amorosos, gozando a medias la admiración, en dulce saboreo de amor, como golosina mordida a un tiempo de dos bocas enamoradas, más por el gusto del besuqueo que de la golosina... No, no hay grandeza ni sublimidad capaces de abrumarlos. El panorama espléndido de la Naturaleza, los sublimes primores del Arte... fondo, accesorio decorativo para ellos, de algo más grande, más sublime

que Arte y Naturaleza... El amor que palpita en sus almas embelesadas.

JOSE.—¡Chico, chico!, ese parangón no lo hiciste de memoria. Mucho habrás viajado solo... Pero, vamos, algún viajecito has hecho en compañía, en dulce saboreo de amor, como tú dices. Hay cosas que no pueden expresarse bien si no se han sentido.

MANUEL. — ¡Sentirlo, sí!... Pero hay dos vidas en nosotros, paralelas siempre. Una, la que vivimos, urdimbre de la casualidad y del destino, en la que somos juguete de circunstancias, de accidentes imprevistos, inevitables... Otra, la que soñamos, rompiente de luz que abre la imaginación a otros mundos, donde somos superiores a la fatalidad de nuestro destino, donde la trama de la vida se teje con hilillos de luz irisada. Lo que en esta segunda vida sentimos, por espiritual e inefable, no deja sensación menos honda que lo sentido en la primera... Y de las dos, es mejor la imaginada que la vivida.

JOSE.—No está mal esa idealidad poética para un negociante. ¡Y dirán que los números secan la imaginación!

MANUEL. — Es que los números manejados por mí eran como copioso raudal de rimas manejado por un poeta. Los números tienen también su poesía, cuando acuden obedientes a ser afirmación matemática del pensamiento poderoso que los concibiera. Se pensaron mil, mil resultan... millares de millones, pues millares... ¡Ah!, el arte de hacer dinero tiene también su estética. Hay negocios buenos y malos, ya se sabe; también los hay bonitos y feos. Parece que da lo mismo decir: Fulano ha hecho un buen negocio, o un bonito negocio. Pues no es lo mismo. Cuando se dice de un negocio que es bueno, parece que sólo se atiende al resultado, no a los procedimientos. Ingenioso o burdo en su traza, llevado a término entre altibajos, tumbos y tropiezos, como la ganancia al fin se logre, ¡bueno fué el negocio! ¡Qué diferencia, cuando bien delineado en todos los pormenores, combinado con ingeniosa habilidad, ni un detalle se aparta de lo previsto, todo llega a su punto, como traído por encanto maravilloso!... Así han de ser los negocios bonitos, así fueron siempre los míos. He sido e

Byron de la Aritmética; en perpetua orgía de millones ideaba poemas asombrosos.

JOSE.—Asombrosos, cierto. Que te permitirán, al fin, unir esas dos vidas, que tú dices paralelas, en un hermoso y real poema de amor y de venturas.

MANUEL.—¡Es tarde para mí!

JOSE.—¿Crees que te será difícil hallar una mujer como María?

MANUEL *(Levantándose.)* — ¡Los dichosos aseguran que es muy fácil serlo! ¡Qué fácil recoger un brillante en la calle, cuando el pie le tropieza! ¡Loco desatino quien saliese de su casa todos los días, empeñado en tropezar con uno! Soy humilde, José Luis; porque he luchado mucho con la suerte, sé que la suerte es superior a nosotros. No se envanezca nadie de la dicha. ¡Desvanecido y soberbio será quien crea merecerla!

JOSE *(Receloso.)*—Según eso... ¿no merezco la mía?

MANUEL. — Una vez lograda, puede uno mostrarse digno de ella.

JOSE *(Acercándose a Manuel, bajo.)*—¿Tiene María alguna queja de mí?

MANUEL.—¡Qué idea!

JOSE.—Vino al pensamiento, no pude callarla. Porque, como tú dices, no creo merecer la dicha de tener a María por esposa, desconfío de mí...

MANUEL.—Pero debes confiar en ella.

JOSE.—Es que, a veces, pienso que María no es feliz a mi lado. ¡Sabe Dios si la quiero con toda el alma! ¡Pero no sé expresarlo! Figúrate una melodía dulcísima en la mente de un artista sublime, y como medios de expresarla los dedos torpes y trémulos pulsando un teclado desafinado... Veces hay en que mi alma toda, suspendida, va hacia ella en extática adoración... pero el alma sólo... ¡Nunca me ha visto de rodillas y la estoy adorando siempre! No, María no sabe cuánto la quiero. Tú eres otro carácter; seguro estoy de que habéis hablado de mí. ¿Qué te ha dicho? Manuel, ¿es dichosa conmigo? Si no lo es, yo prometo enmendarme; no puede ser por maldad mía; no soy malvado, será por defectos que desconozco, por algunos que veo en mí y procuro vencer... por cosas así, pequeñeces, que estará en mi

mano evitar... Dímelo todo. ¿Qué no haría yo por verla dichosa?

MANUEL.—¿Por qué no ha de serlo? ¡Defectos! ¿Quién no los tiene? A mí nada me ha dicho. Su tristeza mayor es por verte delicado: eso es lo único que sé... que no gozáis mucho de la vida por el estado de tu salud; que no tenéis mucho trato con la gente... Eso no puede ser motivo de infelicidad en un matrimonio, cuando la mujer, como María, se resigna a vivir retirada.

JOSE *(Pensativo.)*—Sí, nuestra vida no es muy alegre.

MANUEL.—Haz por animarte. Deja los negocios; la vida se gasta en ellos muy de prisa. No empieces a ser viejo cuando María sea joven todavía.

JOSE.—Tienes razón. Cambiaré de vida. Siento haber emprendido ese nuevo negocio, que me tendrá todo el año sujeto. Viajaremos, frecuentaremos la sociedad, los teatros... *(Vacila, como acometido de un mareo y se apoya en Manuel.)*

MANUEL *(Alarmado.)* ¿Qué tienes?

JOSE.—Nada, un mareo... Nada, ya pasó. *(Con rabia.)* ¿Lo ves? ¡Bueno estoy! ¡Maldita salud! Es mejor morirse.

MANUEL.—¿Quieres algo?... ¿Pasó ya?

JOSE.—Sí, no es nada. *(Sintiendo que llega María.)* María; no le digas una palabra, que no se alarme... Ya estoy bien. *(Animándose.)* Perfectamente... Dame un cigarro... *(Se levanta y pasea, aparentando animación.)*

ESCENA II

Dichos y *María.*

MARIA *(A Manuel.)*—Di lo que quieras. Concluyó la buena armonía entre nosotros. Vengo a enemistaros. *(A José Luis.)* Tienes que reñir a Manuel, pero muy serio.

MANUEL.—¡Bah!

JOSE.—¿Qué ha sido?... Ya supongo, algún nuevo regalo... *(A Manuel.)* Tiene razón María.

MANUEL.—Me voy a la calle...

MARIA.—¡Quieto!... *(Mostrando un estuche.)* Mira...

(A José Luis.) No puedo salir con él, no puedo fijarme en un escaparate... Dile que lo devuelva, o reñimos; es un despilfarro.

MANUEL.—Pero si eso no vale la pena. Un alfiler, una pulsera... Tengo gusto en que lo luzca esta noche en el teatro Real... ¡Ay! Se me escapó, descubrí la trama... Lo diré todo. María tenía capricho de ir a la función de esta noche; es la ópera nueva, función fuera de abono; pude tomar un palco... He invitado a tu amiga Emilia y a su esposo; son tan amables conmigo...

MARÍA.—¿Lo ves?... Nada, reñimos. Te dije que no iría. No iré. José Luis ha llegado esta mañana de viaje, estará cansado, no tendrá ganas de ir al teatro. ¿Verdad?

JOSE.—Pues sí. Deseo oír esa ópera. He oído hablar de ella... Iremos.

MARIA *(Con alegría.)*—¿De veras quieres que vayamos?... ¡Cuánto me alegro! No me atrevía a decírtelo, pero tenia mucho deseo de ir esta noche al teatro; dicen que será una cosa magnífica... Vaya, Manuel, por esta vez no reñimos; muchísimas gracias... ¿Cuánto tiempo hace que no vamos al teatro? ¡Qué sé yo!... ¿Es platea el palco, verdad?... Estrenaré el broche y el collar... No sé qué vestido ponerme...

JOSE.—¿Estás contenta? *(Con dulce reprensión.)* ¿Por qué no me lo dices, siempre que desees ir al teatro? ¡Algunas veces te privarás de ese gusto!... No eres franca conmigo.

MARIA. — No creas que me cuesta ningún sacrificio. Esta noche voy con gusto, porque estás bueno, porque vamos los tres... Con ir de tarde en tarde le parece a uno algo extraordinario; como cuando éramos chicos y nos llevaban a ver una función de magia por Navidad o por algún santo... Celebraremos con eso la llegada de Manuel... ¡Al teatro!, como los chicos... ¡Pero vamos de noche, y al teatro Real!...

MANUEL.—¡Y no nos divertiremos como entonces!... Voy a salir. Volveré en seguida. Al bajar pediré el coche para las nueve. *(A María.)* ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa? ¿Flores? ¿Un abanico?...

MARIA.—¿Flores? Tengo llenos los cacharros del to-

cador... y aquí, mira. Todas las mañanas hace que me traigan una porción de ellas... ¡Y abanicos!... No, de veras, Manuel, estás muy mal acostumbrado. Guarda los regalos para los que sólo por ellos te quieran. Aquí damos el cariño de balde.

MANUEL.—Y el cariño de balde, ¿con qué se paga?

MARIA.—Con cariño.

MANUEL. — Pues atenciones de cariño son mis obsequios, y si algo valen, como prenda será de que, llegado el caso de pagar las que debo, con alma y vida las pagaría. *(Sale.)*

ESCENA III

José Luis y *María.*

MARIA.—¡Tu madre decía bien! Hay locuras de la cabeza y locuras del corazón. Manuel es loco de corazón ¡Hermosa locura capaz de todo lo bueno y de todo lo grande, puesta en ocasiones de realizarlo! Pero no se pretenda encerrar a estos locos, traerlos a la razón ni a la medida de las almas vulgares. ¿Qué hubiera sido de Manuel a vuestro lado? Los impulsos emprendedores de su espíritu se hubieran resuelto en luchas mezquinas contra la autoridad paterna, en calaveradas indignas de su ánimo generoso. En medio a propósito donde explaya su genio, ha logrado fortuna, consideración. Y frente a frente con su conciencia, ha sabido educarse por la conciencia propia, que es la mejor educadora cuando el corazón está sano.

JOSE *(Irónico.)*—¿Desde cuándo te has dado a esas lucubraciones? ¿Habéis abierto discusión filosófica Manuel y tú? Pues advierte a Manuel que toda la filosofía y todas las leyes dictadas por su conciencia, por lo visto de acuerdo con su conducta, no podrán disculparle de haber amargado la vida de mi padre, de haberle matado a disgustos.

MARIA *(Disgustada.)*—¡José Luis!

JOSE.—Esa es la verdad. No pretendo, porque logre favores de la fortuna, ¡quién sabe si acomodando leyes de su conciencia a los medios empleados para lograrla!

que el buen éxito de la culpa le absuelva de ella... Pero no parece sino que te ha fascinado; le crees un ser superior, le escuchas absorta. Y él, que es avisado en conocer dónde produce admiración, con los fuegos artificiales de paradojas, teorías extravagantes, ideas absurdas, procura que le admires, que le comprendas, que le quieras... *(Movimiento de María.)* ¡Que le quieras!... Y la verdad es que en cuatro días ha sabido hacerse querer.

MARIA *(Entre ofendida y lastimada.)* Y... ¿lo sientes?

JOSE.—Sentirlo, no... Siento... Lo que voy notando en ti, desde que ha llegado, que estás de su parte, que me crees injusto con él... Ya tendrás ocasión de juzgar si lo he sido, si lo fué mi padre... Apenas ha llegado... ¡Tiempo tendrá de hacer de las suyas!

ESCENA IV

Dichos y *Julián.*

JULIAN.—Esta carta y este telegrama han traído de casa del señor Montero.

JOSE.—Trae. *(Coge la carta y el telegrama.)*

JULIAN.—Y esta esquela para el señorito Manuel...

JOSE *(Sin mirarla, abriendo ya la carta.)* — Llévala a su cuarto... o déjala ahí; no tardará en volver. *(Julián deja la carta sobre la mesa, y sale.)*

JOSE *(Lee la carta con muestra de mal humor; al concluir arruga el papel. Con ira.)* ¡Qué torpeza! ¡No puede uno fiarse de nadie!

MARIA *(Acudiendo a José Luis, asustada.)*—¿Qué sucede?

JOSE.—Montero me envía este telegrama en que le piden órdenes sobre un asunto que ya debía estar resuelto... ¡Escribí hace ocho días! ¡Es imposible ganar tanto tiempo perdido!

MARIA.—¡No te alteres!

JOSE *(Llama. Entra Julián.)*—No... Iré yo... *(A Julián, disponiéndose a salir.)* Nada.

MARIA *(Deteniéndole.)*—¿Vas a salir?

JOSE.—Tengo que ver a Montero.

MARIA.—¡Por Dios, José Luis! No salgas ahora. No te agites... Pon dos letras... *(A Julián, que se dispone a salir.)* Espere usted...

JOSE *(Convencido.)*—Mejor será... Estoy muy nervioso; no respondo de mi calma. ¿Tienes con qué escribir? *(Buscando con la vista.)*

MARIA *(Llevándole a la mesa y abriendo un pupitre.)* Aquí hay de todo... Toma... Es muy tarde para salir... Antes de ir al teatro tendrás que tomar algo... Hemos comido muy temprano... *(Preparando papel, pluma, etc.)* Aquí tienes. *(Se sienta enfrente de él.)*

JOSE *(Entre dientes, mientras escribe muy nervioso.)* ¡El teatro, el teatro! *(María ha cogido la carta para Manuel, la cual dejó Julián sobre la mesa, y la examina con atención.)*

JOSE *(A Julián, entregándole una carta y dos pliegos de papel.)*—Corriendo a casa del señor Montero, y desde allí a la Central... este telegrama... urgente... contestación pagada.

JULIAN.—Está bien *(Sale.)*

JOSE *(Reparando en la carta que tiene María en la mano.)* ¿Qué carta es ésa?

MARIA.—La carta para Manuel. *(Sin soltarla.)*

JOSE *(Con dureza.)*—¿Vas a abrirla?

MARIA *(Risueña.)*—¡Qué disparate! Miraba si sería de mujer... Tiene toda la traza... Aunque recién llegado, no le faltará algún amorío...

JOSE *(Severo.)*—¿Te importa?

MARIA.—Nada... *(Notando la actitud de José Luis, ya grave, se levanta y se dirige hacia él, siempre con la carta en la mano.)* ¿Por qué me preguntas así? ¿Qué quieres decirme?

JOSE *(Fuera de sí.)*—¡Deja en paz esa carta! ¡Me estás poniendo nervioso!

MARIA *(Ofendida, más cerca.)*—¡Pero José Luis!...

JOSE *(Le arranca la carta, la estruja y la arroja sobre la mesa.)*—¡Abrela, entérate!... ¿Estás celosa?...

MARIA *(Ofendida, primero con energía, con profundo sentimiento después, rompiendo a llorar.)*—¡José Luis!... ¡José Luis!... *(Se deja caer en un sillón.)*

JOSE.—¡Eso me faltaba! ¡Estoy yo para llantos! *(Sale. Pausa.)*

ESCENA V

María y *Manuel.*

MANUEL.—¡María! ¿Qué tienes? ¿Por qué estás así?

MARIA.—¡Nada!... No es nada...

MANUEL.—¿Y José Luis? *(Dirigiéndose como en su busca.)*

MARIA *(Deteniéndole.)*—¡No, no! Déjale... déjame; si no es nada. José Luis se sintió mal, me asusté... estoy muy nerviosa... y me eché a llorar. ¡Qué tontería!...

MANUEL *(Fijándose en la carta arrugada y cogiéndola.)*—¿Una carta? ¿Para mí?... ¿Qué es esto?

MARIA.—José Luis recibió al mismo tiempo un telegrama y una carta desagradable, y, furioso, lo estrujó todo... Por eso está así... ¡Perdona!...

MANUEL. — Pero ¿qué le sucede? ¿Qué noticias son ésas?

MARIA.—Un asunto... una torpeza de un corresponsa... Ya conoces su genio; en el pronto...

MANUEL.—¡Cuánto debe hacerte sufrir!

MARIA.—Es que soy muy tonta, no me hago cargo de que se le pasa en seguida.

MANUEL.—¡Qué carácter!... Hace un rato estuvo conmigo, aquí mismo, departiendo tan alegre, tan expansivo... ¿Te acuerdas?... El nos animó a ir al teatro... ¡Bah! ¡No puede ser esto!... Voy a buscarle...

MARIA.—No, Manuel... Ya vendrá él... No vayas tú.

MANUEL.—Cualquiera diría que le tienes miedo... Mira, ¿sabes lo que pienso? Que debemos castigarle como a los chicos temosos... Nos vamos al teatro y le dejamos solito. ¡Es mucha rareza de genio!

MARIA.—No. Yo no voy al teatro. Vé tú solo. Prescinde de nosotros, te lo suplico... ¡No porfíes con José Luis esta noche!...

MANUEL.—Conmigo no creo que esté enfadado...

MARIA.—Cuando está de mal humor, lo está para todos.

MANUEL. — ¡Pues dígote que mayor aguafiestas!... ¡Tan contentos como estábamos con nuestra ópera!... Y hemos de ir, ya verás... Voy a vestirme... y créeme, haz lo mismo... No es cosa de afligirse porque se torció un asunto... Todo ello será unas cuantas pesetas de menos, de menos que ganar, ¿eh?... pero ganando siempre... El caso es quejarse.

MARIA.—¡Ya lo ves! ¿Quién podía ser más dichoso que nosotros?

MANUEL.—¡Ay, hija! Pues si los ricos no rabiaran ni se murieran, la revolución social sería ya un hecho. Conviene hacer creer que somos unos infelices, que el dinero no da la felicidad... y mira, de eso estoy convencido hace mucho tiempo. Voy a vestirme... vuelvo por vosotros, y si él no quiere venir, maldita la falta que nos hace... Iremos solos. *(Sale.)*

ESCENA VI

María.

MARIA. — ¡Qué diferencia!... ¡Hermanos más distintos!... José Luis ha llegado a un extremo de rareza, que no es posible entenderle. Se atormenta a sí mismo y nos atormenta a todos... No quiere a su hermano... ya se ve... Es una antipatía, una repulsión invencibles. Conozco que lucha por arrancarlas, pero están arraigadas muy hondo... Ideas, sentimientos... todo es distinto en ellos... Y Manuel le quiere... Manuel es bueno. José Luis es injusto con él... Mi corazón se rebela contra su inquina en acriminarle... ¡Aquel ceño severo de su padre!... Me parece que lo estoy viendo. Cuando éramos pequeños, nos asustaba... sólo José Luis se atrevía a afrontarle... Su madre, en cambio... ¡Qué buena para todos! ¡Todos cabíamos en sus brazos, para todos había caricias!... Tan opuestos eran los dos, que ni al dar vida a sus hijos se confundieron. ¡Pobre madre! ¡Cuántas veces la vi llorar a escondidas!... Como yo ahora... ¡Dios mío, qué tristeza! *(Con llanto silencioso.)* ¡Qué perpetuo sacrificio el de mi vida!... ¡Y no me quejé nunca! Con todo el cariño, con toda la abnegación de mi alma,

procuré hacerle dichoso... ¡Y no lo es! *(Con amargura.)* ¡Y si no lo es él!... ¿cómo puedo yo serlo?... No es culpa mía. ¡Dios mío! No lo es... ¡Madre mía! *(Queda llorando.)*

ESCENA VII

María y *Emilia.*

EMILIA *(Dentro.)*—Deje usted... ¡donde estén!...

MARIA *(Al oir la voz de Emilia, se levanta y procura serenarse.)*—¡Ah!, ¡Emilia!...

EMILIA.—Aquí me tienes. Tu hermano político ha sido tan amable que nos ha invitado al teatro esta noche. Pero Fernando no puede acompañarme a primera hora; yo no quería llegar tarde, y vengo para ir contigo... si no molesto. Traigo el coche. Nosotras podemos ir en el mío, y José Luis y Manuel en el vuestro... ¡Qué calor hace aquí! *(Quitándose el abrigo.)* ¡Me he vestido tan de prisa!... Temí no encontrarte... y todavía estás así... Es cerca de las ocho y media... Ya sé que José Luis llegó bien... ¿Qué te pasa? Tienes mala cara... ¡Pero anda, criatura, vístete!... Yo soy muy ordinaria, no me gusta llegar a función empezada.

ESCENA VIII

Dichas y *Manuel*, de frac y una flor en el ojal.

MANUEL.—Por mí, cuando queráis... *(Al ver a Emilia.)* ¡Ah!... Señora...

EMILIA *(Saludándole.)*—Tantas gracias por su atención.

MANUEL.—¿Y su esposo?

EMILIA.—Irá más tarde. Tiene junta en el Círculo...

MANUEL *(A María.)*—¿Y José Luis?...

MARIA *(Aparte, a Manuel.)* — ¡Por Dios, Manuel!... Ya ves qué situación... ¡Cómo decir a Emilia...! Y yo no puedo ir.

MANUEL.—¡Cómo! Vé a vestirte. Yo hablaré a José Luis.

MARIA.—No, no... ¡Esta noche le tengo miedo!

MANUEL. — ¡María!... ¿Eso pasa? ¡Miedo!... Serás otra pobre víctima como mi madre. ¡Tú, tan buena, tan santa como ella! ¡Oh, no puede ser! Te digo que me oirá José Luis.

MARIA.—No, Manuel; te lo ruego... No crea que soy yo quien te anima en contra suya... ¡Sabe Dios lo que pensaría!... *(Siguen hablando en voz baja.)*

EMILIA *(Aparte. Observando.)*—¿Qué sucede aquí?... Algo extraño ocurre... ¿Si tendría razón ayer Paca?... No lo creo... Pero ¡tendría que ver!... *(Mira al reloj. Alto.)* Las nueve menos cuarto... ¿Es que he venido a incomodar? ¿No pensabas ir al teatro?

MANUEL. — Sí, sí... Vamos, María, vístete... Ya lo ves... ¿Cómo dejar a Emilia?... Voy por José Luis... Te digo que irá... A punto llega.

ESCENA IX

Dichos y *José Luis.*

EMILIA.—Bien venido.

JOSE.—Buenas noches, Emilia. *(Se sienta.)*

MANUEL.—También tú sin vestir... Vamos... ¿Qué tardas?...

JOSE.—No voy al teatro... estoy malo... Hace mucho frío... no tengo humor de teatros...

MARIA *(Sentándose a su lado.)* — Me quedaré entonces... Vé tú, Manuel.

EMILIA *(Aparte.)*—¡Me he lucido! ¿Van a mandarme sola con el cuñado?... ¡Un soltero rico!... ¡Bonitas lenguas hay en Madrid! *(Alto.)* Si está usted malo, nos quedaremos... *(Se sienta.)*

MARIA *(Que ya no se acordaba de Emilia, advirtiendo su presencia.)*—Es verdad, tú... *(Aparte.)* ¿Qué pensará Emilia? ¡Estoy angustiada!

MANUEL.—Está bien... ¡Nos quedaremos! *(Se sienta resignado.)* Nos quedaremos a velar al moribundo...

JOSE *(Irritado.)*—No... Yo me acuesto... Pueden ustedes ir... *(A María.)* Tú también.

MARIA.—No, yo no.

JOSE.—¡Te digo que vayas!

EMILIA *(Conciliadora.)* ¡Vamos! *(A José Luis.)* Y usted también. Anímese... Hoy tiene usted mejor semblante que nunca. Se distraerá; Fernando quiere hablarle... ¡Vaya, a vestirse! ¡No es usted ningún carcamal para acostarte a las ocho! ¡Por Dios!... Si se apoltrona usted... a su edad... Aprenda usted de su hermano... ¡Así, hecho un pollo!...

MANUEL.—*(Aparte a José Luis.)* — ¡Vamos, José Luis!... Ya ves que María no puede quedarse... No des qué decir. Ven con nosotros...

JOSE *(Con dureza.)*—¿Os prohibo que vayáis?

MANUEL.—Pero María no va gustosa si tú no vienes.

JOSE.—¿Qué falta hago yo?

MANUEL *(Con enfado.)*—¡Eres insoportable!... No sé cómo María tiene paciencia...

JOSE.—¡Siempre la tuvo!... Menos hoy, que estáis todos muy impacientes...

MANUEL *(Perdiendo la paciencia.)*—¡Ea, María..., vístete!

JOSE.—Sí, vístete... ¡No me hagas que parezca un marido ridículo!... ¡Que vayas, te digo! Yo me quedo. *(Sale María.)*

ESCENA X

Emilia, José Luis y *Manuel.*

EMILIA *(Aparte a Manuel.)*—Diga usted. ¿Le da muy a menudo?

MANUEL *(Aparte.)*—¡Ahora, los comentarios de la amiguita con la mejor intención!... ¡Qué tino el de José Luis para dar espectáculo!

EMILIA *(A José Luis.)*—Amigo mío..., no lleva usted buen sistema...

JOSE *(Aparte.)*—Esta concluirá de sacarme de quicio.

EMILIA.—María va disgustada sin usted... ¡Qué maridos! Vea usted, dos mujeres, con su marido cada una, y la noche que se les ocurre ir al teatro tienen que buscar quien las acompañe. *(A Manuel.)* Gracias a que usted está soltero...

MANUEL.—Señora...

EMILIA.—Si estuviera usted casado no habría que contar con usted; sería usted desatento y grosero como todos. ¡Pero Señor!, ¿en qué consistirá? Un día antes de casarse, los lleva una de modistas, de tiendas, al teatro, donde una quiere, como corderitos..., y después de casados... no hay quien les haga ir a ninguna parte. No se case usted.

MANUEL.—¡Si dan ustedes un ejemplo!...

EMILIA.—Y que usted no necesita casarse. ¡Si estuviera usted solo!... Pero ha encontrado usted aquí su rinconcito. ¡Quién como usted! Con todas las ventajas y ningún inconveniente del matrimonio... El orden, la familia... Ya, ya sé que lleva usted una vida muy arreglada, que no sale usted de noche...

MANUEL.—Estos días que José Luis estuvo fuera, por no dejar sola a María..., aquí pasábamos la velada. Yo refería mis viajes, o jugábamos un rato al bezigue, o leíamos, uno enfrente de otro..., novelas de Loti. María no las conocía; yo se las dejé, y la encantaron...

EMILIA *(A José Luis.)*—¿Lo ven ustedes? ¿A que no se le ocurre a ningún marido traer a su mujer novelas de Loti?... ¡Ni de nadie!

JOSE *(Aparte.)*—Esta mujer me desespera... ¿Habla con intención... o habla por hablar, sin saber lo que dice, y soy yo quien va dando intención a cada palabra suya?

EMILIA.—¿Estaba usted ayer tarde en el paseo de coches con María?

JOSE.—No, si he llegado hoy...

EMILIA.—¡Ya decía yo! Una amiga, Paca Contreras, porfiaba que había usted llegado ayer, que había visto a María en el paseo con su esposo...; y yo, que no sería su esposo, sería su hermano; y ella que sí...

MANUEL *(Exasperado.)*—Y usted que no... Pues tenía usted razón... Éramos María y yo. Ya lo sabe usted... *(Aparte.)* ¡Qué mujer!... José Luis está lívido. ¡Mucho será que no le suelte algún exabrupto!

ESCENA XI

Dichos y *María,* vestida para el teatro.

EMILIA.—¡Qué guapa! ¡Qué elegante! ¡Precioso vestido!... Los regalos de tu hermano. Así me gusta... ¡Magnífico collar! *(Cogiéndola de una mano y presentándosela a José Luis.)* Mire usted. ¡Tantos le envidiarán a usted esta noche..., y usted aquí, mientras, tan tranquilo!

JOSE *(Con sarcasmo.)*—¡Tan tranquilo!

MARIA *(Aparte.)*—Me asusta su cara. Comprendo lo que pasa en su interior. *(A José Luis.)* ¿Te sientes bien? ¿No te molesta que te deje?

JOSE.—No... ¿Por qué? Diviértete mucho...

MARIA *(Con pena.)*—¡Mucho! ¡Sí! ¡Ya sabes lo que yo me divierto cuando te veo así!

MANUEL *(Aparte, poniéndose el abrigo.)*—¡Pobre María! Está para echarse a llorar. *(Alto.)* Volveremos temprano. Saldremos antes de que concluya... *(Ofreciendo el brazo a Emilia.)* Emilia... *(A José Luis.)* Hasta luego...

EMILIA *(A José Luis.)*—Que usted se alivie... *(A Manuel, aceptando el brazo.)* ¡No parecen ustedes hermanos!

MARIA—José Luis, dime por qué estás así... Mira que me quedo... *(Con decisión.)* ¡Me quedo!

JOSE *(Con sequedad.)*—¡Qué espera Emilia!

MARIA *(Afligida.)*—¡Qué mal me tratas!

JOSE *(Cogiéndola una mano con ira.)*—¿Yo? ¿Te trato mal?

MARIA *(Asustada.)*—¡Ay! *(Manuel y Emilia, al oír el grito, vuelven desde la puerta; Manuel se acerca a José Luis.)*

MANUEL *(Con autoridad.)*—¡Pero José Luis..., José Luis!...

EMILIA.—¿Se siente usted peor?

JOSE *(A María.)*—Vete, vete... Si te digo que estoy bueno, que no me haces falta...

EMILIA *(Al salir. Aparte.)*—¡Ay, ay, ay! ¡Me parece que Paca tenía razón!... *(Salen todos, menos José Luis.)*

ESCENA XII

José Luis y después *Julián.*

JOSE.—¡Qué mal me tratas! ¡Qué mal me tratas! ¡Nunca pensé oírlo!... ¡Y dejarme así!... ¡Calma, calma! Necesito poner orden en este tumulto de mis pensamientos...; se atropellan, se oscurecen unos en otros, y quiero percibirlos uno por uno, clarísimos, palpables. ¿Qué pasa por mí?... ¡Quiero verlo!... ¡Sí, lo veo!... ¡Mi madre!... ¡Eso es, mi madre!... Era buena, era honrada como María; nunca se rebeló contra la severa autoridad de mi padre, vivió feliz en la virtud más acendrada... Pero un día llegó el viajero, el amigo a quien se abre la casa como a hermano...; llegó risueño, halagador de la imaginación y de los sentidos..., y una vida de honradez, de virtudes, no pudo resistir al atractivo encanto de aquel hombre. Era yo muy niño... y recuerdo, recuerdo..., y el recuerdo fortifica en mí el odio que sentí por el intruso... ¡No, no es mi hermano! Es un intruso, como aquél, que viene a robarme... ¡Ah! ¡No!... ¡Enloquezco! ¡María es honrada!... ¡Lo será siempre!... Pero ¿por qué se ha ido? Se ha ido con él... ¡No, no te escapes, pensamiento; quiero oír lo que dices, ver lo que imaginas!... ¡Que María no me quiere! ¿Es eso? ¡Que no puede quererme!... Eso es la verdad de lo que pienso... ¡Horrible verdad! No es amor el suyo. Había más respeto que cariño en su afecto para conmigo. Educada con rigor por su padre, trasladó al esposo el respeto filial, sumisa, resignada. Confiado en mi autoridad, creía yo ir formando para mí su espíritu, al mismo tiempo que la Naturaleza formaba la mujer... ¡Mía pude llamar la corporal hermosura; pero el espíritu rebelde nunca fué mío! Halló forma su aspiración, y hacia ella va el espíritu, y en pos de sí arrastrará la vida entera..., ¡cuerpo y alma!... ¡Si ya no fué en mi ausencia!... Emilia hablaba con intención... Aquí todas las noches, juntos siempre... ¡Ay, el único halago de mi vida!... ¡Todo negrura y tristeza ahora! ¿Por qué razón vivir vida tan miserable? *(Se mira al espejo.)* Envejecido, enfermo... ¿Cómo puede quererme?... ¡Ella, joven y hermosa!... ¡Qué hermosa estaba!... ¡Y la dejé con él..., des-

bués de atormentarla con mi violencia, cuando acaso sintiera odio hacia mí..., odio y desprecio!... Y él a su lado, apuesto, seductor... ¡Oh, no puede ser! ¡María es honrada! ¡No puedo ser tan desdichado!... ¡La culpa es del miserable, sí, miserable ladrón, como aquél... como su padre!... ¡No puedo más!... ¡Me ahogo!... ¡Julián! *(Llama. Entra Julián.)*

JULIAN.—¿Qué manda el señorito?

JOSE.—Tráeme el gabán, el sombrero... pronto... *(Sale Julián. Dan las diez.)* ¡Las diez! ¡Las diez!... ¡Qué temprano todavía!... Iré al teatro, hay tiempo... Tengo fiebre... Iré así como estoy... Iré... Avisa un coche... No..., espera... Iré a pie. *(Sale Julián.)* Me conviene andar... Les extrañará verme..., no me esperan... ¿Qué decir?... ¡¡Bah! Diré... diré... Lo pensaré por el camino, eso me distraerá. Me haré anunciar como una visita; les daré broma... Tengo ganas de hablar, de hablar mucho... esta noche no dejo hablar a Manuel... Les divertiré, les haré reír... ¡reír, eso... reír! ¡Qué ocurrencia! ¡Oh, no! ¡No haré sainete para los demás lo que es tragedia espantosa para mi corazón!... Esperaré... Pero esta noche... esta noche eterna no puedo... ¡Me ahogo! Necesito andar, andar mucho, hasta caer rendido, hasta quebrantar mis nervios; si no, esta noche será de ruina para todos... Estoy loco, no respondo de mí... El abrigo... *(Palpando el interior del gabán.)* ¿Qué es esto? ¡Un arma!

JULIAN.—El revólver de bolsillo del señorito.

JOSE.—¡Oh! No, no... Quita eso, quita... Guárdalo... *(Sale.)*

JULIAN *(Asombrado.)*—Pero ¿qué tendrá el señorito esta noche?

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

ESCENA I

Manuel, leyendo, y después, *María.*

MARIA *(Entrando.)*—¿Estás solo? ¿Y José Luis?

MANUEL.—Ha salido.

MARIA.—¿Otra vez?... ¡Es raro! El, que antes no sa lía de casa sino lo preciso, hace unos días que no dej de entrar y salir... Estoy con cuidado... José Luis no es tá bueno.

MANUEL.—No, no lo está.

MARIA.—¡Vaya una temporada que está pasando!.. ¡Si deseabas tranquilidad!...

MANUEL.—¡Oh, eso no!... Pues si tú supieras que ne cesito recogerme dentro de mí para darme cuenta de qu soy el mismo..., el inquieto y vagabundo Manuel, par quien eran quietud y reposo sinónimos de encarcelamien to o de muerte... ¿Yo complacido en esta vida que, po por decirlo así, me dan hecha, sin tener que preocuparm por otra cosa que por ir vivien 'o?... ¡Yo que había d pensar y ocuparme cada día... en todo lo que constituy la existencia diaria, en lo grande y en lo pequeño! Plan tear un negocio y disponer el almuerzo, las liquidacione de Bolsa y la cuenta de la lavandera... No podía fiarm de nadie. Un solterón es como terreno baldío, en dond todos se creen con derecho a cosechar; y si sobre no ca sarse y no tener familia, no se deja uno explotar de to dos, ¡buena fama echará de egoísta empedernido! Sól los que no tenemos hijos podemos apreciar lo que val ante los pedigüeños la solemne protesta del padre de fa milia: "Señor mío, tengo hijos..." Con lo que me ha cos tado a mí no tenerlos hubiera criado dos docenas.

MARIA.—¿Por qué no te casas? No sabes lo que m

legraría de verte casado. Te lo digo como lo siento... José Luis también se alegraría mucho... Dime... ¿No as hallado nunca en el mundo una mujer que, al conover dulcemente tu corazón, te hiciera pensar: "Con sta mujer viviría yo dichoso"?... En tus viajes y correías incesantes, ¿no diste nunca con un lugar apacible, onde parece que sólo en contemplarlo calma el corazón odos sus anhelos?... Pues une en tu pensamiento aquella ujer y este lugar, y considera qué feliz serías al labrar on ella tu nido de amor en aquel rinconcito apacible...

MANUEL.—¡He viajado casi siempre en tren expreso, he pasado de largo por los lugares y por las mujeres!...

MARIA.—¡Si yo conociese alguna! He de buscar... ¿Me das permiso?

MANUEL.—¡Esas cosas no se buscan, se encuentran!

MARIA.—¿Piensas estar aquí mucho tiempo todavía? Por más que digas, estarás ya cansado... ¡Esta vida uestra!... ¡El carácter de José Luis!...

MANUEL.—¿Lo creerás?... Me distrae hasta eso, las eyertas y regañinas con mi querido hermano... ¡Pobre osé Luis! Le quiero a pesar de todo. Es un niño mimado... Ha tenido siempre quien le mime... ¡Dichoso él! Sus arezas son de chiquillo; es mayor que yo y le trato como i fuera hermano pequeño. Empleo en él los sentimientos de paternidad que a mis años empiezan a manifestarse. Siente uno afán de proteger, de dirigir a un ser más débil... Y en esta casa sois dos: él, con sus impaciencias y egoísmo de niño enfermo; tú, con tus inquietudes y desvelos de madre amorosa... Yo seré el fuerte, el cariño que ampara sin debilidad, sin blandura...; el padre, el suegro, o que haga falta... ¡Digo, si no me echáis de aquí por importuno!...

MARIA.—Yo, no, Manuel. Puedes creerlo.

MANUEL.—Tengo mi plan. En cuanto pase el frío y José Luis arregle esos asuntos, haremos un viaje, corre de mi cuenta, por tierras alegres de cielo azul y sol de fuego, de flores y cantares... Por Andalucía, por Italia... Sevilla, Málaga, Venecia, Nápoles... donde amanece el día con más luz y el vivir por sí solo es alegría; donde los pobres cantan, y el viento susurra, y los mares mecen... ¡Tierras que Dios bendice!... ¡Donde ni el pecar es

pecado! Eso es lo que necesita José Luis para curarse. U baño de aire puro, saturado de luz y de alegría..., y también, ¡pobre niña!, para que tus ojos cobren luz y pecho respire sin angustia..., sin lágrimas ni suspiros.. que con tu hermosura triste me pareces Dolorosa de es penoso Calvario de la vida.

MARIA.—No halagues la imaginación con perspectiv tan risueña... Bien sé que no será. José Luis no está e fermo..., es enfermo...

MANUEL.—¡Bien lo acertaste!

MARIA.—Es por naturaleza triste y se complace en tristeza... ¡Le hace daño la luz!... No le propongas s quiera ese viaje... Vé tú sólo...

MANUEL *(Con desaliento.)*—¿Solo?... ¡Solo, no!

ESCENA II

Dichos y *José Luis,* que entra sigiloso.

MARIA *(Encontrándose de pronto con él, asustada.)*— ¡Ay!...

MANUEL.—¡José Luis!

JOSE.—¿Te he asustado?

MARIA.—Entraste de pronto... ¿No has llamado?

JOSE.—Salía Julián...

MARIA *(Aparte.)*—No hay duda; lleva la llave par entrar sin que se le sienta... ¿Qué sospecha de mí? ¡Dio mío!

MANUEL *(A José Luis.)*—Contra ti, digo, no, en favo tuyo conspirábamos...

JOSE.—Sí, ya noto que andáis siempre juntos..., d conspiración por lo visto.

MARIA *(Aparte.)*—¡Su sospecha es horrible! Mi co razón se subleva...; es ira ya, más que tristeza, lo qu siento...

MANUEL.—Tenemos un plan...

JOSE *(Aparentando jovialidad.)*—¿Cada uno, o lo dos el mismo?... Es curioso; hoy nos dimos todos a ha cer planes... Yo tengo otro.

MANUEL.—Veamos.

JOSE.—No. Veamos primero el vuestro. No quisiera que el mío le trastornase

MANUEL.—Se trata de un viaje...

JOSE.—¿De un viaje? ¿Si habrá que creer en eso que llaman la sugestión a distancia? De viaje es el mío... *(Con firmeza.)* En esta semana me iré con María a París.

MARIA *(Aparte.)*—¡Desconfía de mí! ¡Quiere separarme de su hermano!...

MANUEL *(Con extrañeza.)*—¿En esta semana?...

JOSE.—Me han hablado de un negocio en proyecto... Iré a estudiarlo, y de paso cumpliré lo ofrecido a María.

MANUEL.—Yo creí que irías a descansar. ¡Un viaje de negocios... no vale la pena!...

JOSE.—Yo siento dejarte... Pero ya sabes que puedes permanecer aquí cuanto gustes. La casa está a tu disposición.

MANUEL *(Con sequedad.)*—Gracias. *(Aparte.)* Me echa de aquí...; no quisiera comprender por qué.

MARIA *(No pudiendo contenerse.)*—¿Pero es tan urgente ese viaje? ¿No podíamos esperar?

MANUEL *(Apoyando.)*—El clima de París en esta estación no es muy favorable a tu padecimiento.

JOSE *(Receloso.)*—¡Es gracioso! Estáis de continuo porfiándome para que deje mis asuntos, salga de Madrid, procure distraerme..., y ahora que soy yo quien lo propone, os desagrada y os contraría.

MARIA *(Protestando.)*—¿Contrariar? No.

JOSE.—¿Qué plan era el vuestro? ¿Ese plan que lleváis combinando días y días, en largas conversaciones secretas?...

MARIA.—Secretas, no... Todo el mundo puede oírlas. Manuel proponía un viaje por Italia...

JOSE *(Con intención.)*—El puede hacerlo.

MANUEL *(Con decisión.)*—Lo emprenderé esta noche mismo.

MARIA.—¿Te vas?

JOSE.—Lleva aquí mucho tiempo... Estará aburrido.

MARIA.—Pero esta noche..., así, de improviso.

MANUEL *(Aparte a María.)*—Me voy antes de que me echen.

MARIA *(Aparte.)*—¡Ha comprendido!... ¡Me muero de vergüenza!

MANUEL.—Voy a disponerlo todo... Pronto os dejaré tranquilos. *(Sale.)*

ESCENA III

José Luis y *María.*

JOSE *(Alegre y animado, como quien se ha quitado un peso de encima.)*—Así podemos marcharnos sin cuidado... Tomaremos casa en París..., podemos llevar a los criados... Tú verás cómo allí vamos a todas partes, a teatros, a fiestas... ¡Qué teatros aquéllos! ¡Qué lujo! Ya verás... Y para vosotras tiene mayores encantos: las tiendas, los bazares... ¿No me oyes?... ¿Estás triste?... ¡Siempre triste conmigo!... ¿Te disgusta el viaje?... *(Impaciente, con acritud.)* ¿Qué sientes dejar? ¿Por qué estás triste?

MARIA.—¡José Luis, lo que has hecho es horrible!... ¡Por primera vez he tenido de qué avergonzarme! Tu hermano comprende que estás celoso... ¿Qué pensará de mí? ¿Que soy mujer de quien puede sospecharse tal infamia? ¿Has pensado en ello?... No lo has pensado, como no has visto que días ha mi vida es un infierno, que me siento morir..., ¡que no puedo más!

JOSE.—Donde no hay culpa, no hay recelo de que pueda ser sospechada. Si Manuel comprende lo que pasa por mí..., antes habrá comprendido lo que pasa por él.

MARIA.—¡Estás ciego, José Luis; estás loco! ¿Cómo nació en ti esa sospecha?... Sólo en celoso desvarío pudiste sospechar de tu hermano... ¿Pero de mí? ¡Tan cruel es la ofensa, que ni por locura puedo perdonarla! ¿Qué devaneos, qué liviandad, qué ligereza siquiera viste en mí, para hacerla posible?... ¿Esa estimación te merecí... a cambio de consagrarte mi vida entera?... ¡Si no he vivido más que para ti! ¿Sacrificada?... No; porque el cariño no se sacrifica nunca...; complacida, porque era mi única dicha verte dichoso a mi lado... ¡Y no lo conseguí! ¡No lo conseguí! ¡No lo fuiste nunca! En lo que era para mí gustoso deber cumplido sin pena, veías tú sumisión

rzosa. ¿Pensaste que el amor sólo puede vivir y gozar n una vida de fiestas, de placeres, y que el mío no poría subsistir de otro modo? ¿No viste agrado en mí? No viste virtud?... Entonces, es que para ti fuí la esava sometida por fuerza, no la esposa virtuosa, la esosa cristiana..., que aún ahora, roto el lazo de amor, umillada, ofendida..., será fiel, será honrada, porque mi adre, honrada, cristiana como yo, supo infundir en mi lma, al calor de oraciones y de besos, un sentimiento ás profundo que todos los afectos, que todas las pasioes humanas... ¡Santo temor de Dios! Y todavía, si él e faltase, la memoria de mi madre me salvaría. ¡Por Dios y por mi madre, soy honrada!

JOSE.—¡Lo eres, sí! ¡No podría dejar de creerlo! Para i no hubo ofensa... Es que sé cuánto vales y lo poco que algo... Sé que no te merezco y temí que me robaran tu ariño... ¡Tú no sabes cómo te quiero! ¡Nunca supe deírtelo!... Soy así... No quisiera que nadie conociera lo ue vales..., ¡ni tú misma!... Por eso nunca te lo dije..., que fuera yo solo a quererte... y a nadie más que a mí debieras cariño!... Egoísmo, sí..., ¡pero es que para mí o había más que tu cariño en el mundo!... Desconfianza en mí, eso eran mis celos... No debí dudar, lo sé... Perdona... Es maldición mía dudar de todo...

MARIA *(Compadecida.)*—José Luis, llevas un odio en el corazón que amarga tu vida.

JOSE.—¡Por Manuel, sí!... ¡La culpa es suya!

MARIA.—No hay culpa en él.

JOSE *(Sin oirla, desentrañando sus recuerdos.)*—¡Siempre a tu lado!... ¡Hostigándote contra mí, afilando sin cesar el ingenio para zaherirme!... Y tú, escuchándole embelesada... *(Movimiento de María.)* ¡Y siempre juntos!... No salí una vez que, al volver, no le hallase en tu cuarto... Y la conversación había sido larga... Siempre había tres o cuatro puntas de cigarros en el cenicero...

MARIA.—¡Hasta en eso repararon tus celos!

JOSE.—¡Reparé en todo!... Manuel te quiere...; es seductor, es cínico..., hay mucho escándalo en su vida... Mina con frialdad, espera... Ahora mismo, si recuerdas las conversaciones que tuvo contigo, notarás frases ma-

liciosas en las que no reparaste primero... De seguro te habló de amores..., te hizo notar lo monótono y triste de nuestra vida; te habló de otros goces, de otras emociones..., de arte, de viajes...; puso novelas en tus manos que hablaran por él con más elocuencia... Puso cerco a tu espíritu para rendirte... Piensa, recuerda.

MARIA.—No, no hallo culpa en él, por más que rebusco... Siempre me trató como a una hermana. Eres injusto con él, José Luis; una vez más te lo digo.

JOSE.—¡Es que, a pesar tuyo, le quieres!... Subyugó tu imaginación, le comparaste conmigo... Es joven, gallardo, obsequioso, vivo de ingenio... ¡A pesar tuyo, le comparaste conmigo!... ¡A pesar tuyo, sentiste que de los dos hermanos no fuese yo el que viniera de lejos!... Acaso la idea de mi muerte..., estoy enfermo..., libre tú... ¡Oh!, seguro estoy de que lo habéis pensado..., él y tú como lo pienso yo... Sí, sí... El enfrente de mí; yo, a tu lado... ¡Por fuerza ha de pensarse!

MARIA.—¡José Luis! Eso es ya locura. Si hablas así, creeré que estás enfermo, y como a enfermo habrá que tratarte.

JOSE.—¿Enfermo? ¿Loco dices? ¡Así lo estuviera!... Por lástima entonces habías de darme el cariño que he perdido... ¡No, no puedes quererme! ¡Desdicha mía! ¡A toda costa quiero para mí todo tu cariño, y de cada vez más lo pierdo!... ¡Perdóname, María! ¡Ten lástima de mí! Si es cariño el mío, porque es cariño; si es locura, porque es locura...; de todos modos necesito tu amor... ¡Has sido el único de mi vida!... Si yo supiera que te había perdido para siempre, que mi vida era un estorbo en la tuya..., que sin mí serías dichosa..., ¡sin dudarlo me mataría..., y sin que tú lo sospecharas, para no dejarte un remordimiento en tu felicidad!... *(Llora.)*

MARIA.—¡José Luis, llora, llora! Las lágrimas alivian.

ESCENA IV

Dichos y *Manuel.*

MANUEL *(Desde la puerta, hablando con Julián.)*—Sí, recógelo todo. Haz que los lleven al Hotel... Yo iré en

seguida... *(Acercándose.)* He dispuesto mi marcha... Vengo a deciros adiós *(Conmovido.)*, a daros gracias por todo..., a pediros perdón...

JOSE *(Con decisión.)*—Manuel... No es culpa mía. Nuestra situación era violenta. Joven, soltero, famoso por tus aventuras, sospechoso por tu vida pasada, tu estancia en mi casa ha dado ocasión a murmuraciones... La gente es mal pensada..., llegaron hasta mí... Tu asiduidad con mi esposa, tus obsequios, eran asunto de comentarios, que yo no podía tolerar. La honra de María está para mí antes que todo... Mientras yo exista, nadie, por ninguna ocasión, pondrá sospecha en ella, sea quien fuere... No extrañes que no te detenga, que te deje salir de mi casa de este modo. Por fortuna tuya, para nada me necesitas... yo, a ti tampoco... Sé muy feliz. ¡De corazón te lo deseo!

MANUEL *(Con arranque.)*—¡Oh! ¡No puede ser! María, déjanos... Tengo que hablar con José Luis... No puedo marcharme sin hablarle... *(María se acerca a José Luis como negándose a dejarlos.)*

JOSE *(A María.)*—Déjanos... Estoy tranquilo... Es mejor hablar claro. *(Sale María.)*

ESCENA V

José Luis y *Manuel.*

JOSE.—¡Habla! Dí cuanto tengas que decirme. Te escucho.

MANUEL.—¡Si no sé qué decirte! ¡Si no sé lo que pasa por mí desde que he visto claro en tu corazón!... Quise tomarlo a risa, como genialidad tuya..., una idea disparatada que pasó un instante por ti, sin advertirlo tú mismo, en una sacudida de tus nervios... ¡Pero ahondar la sospecha y espiarnos..., y llegar a creerla certidumbre!... ¡Atormentar a esa pobre niña!... ¿Qué negruras de infierno llevas en ti, que todo lo entenebrecen?... ¿De qué infamias eres capaz, que todas son para ti posibles?...

JOSE *(Fuera de sí.)*—¡No hay infamia de que no crea capaz a quien nació en ella!

MANUEL.—¿Qué has dicho?... ¡Repite eso que has dicho!... ¿Quién nació infame?

JOSE.—Si me odias como yo a ti, si odias la memoria de mi padre como yo la del tuyo..., bastante dije. Quien usurpó al nacer nombre y herencia, bien puede ser capaz de traer a mi casa otra vez la deshonra y la infamia...; ya lo oíste. Sal de mi casa.

MANUEL *(Conteniéndose a duras penas.)*—¡Desdichado! ¿Lo dices?... ¿Lo pensaste?... ¡Pues si por mis venas corriese sangre extraña a la tuya..., una sola gota no más..., no lo dirías!... ¡Hermano, hermano! ¡Lo eres, sí! Nunca salió tan hondo del corazón esta palabra como sale ahora, a defender contra ti, contra su hijo, la honra de nuestra madre... ¡Oh, pobre hermano! ¡Hermano te digo! Si ahora es cuando me das lástima... ¡Dudar de tu madre! ¡Toda la vida enroscada al corazón esa sospecha, envenenando la sangre gota a gota!... ¡Dudar de tu madre y aborrecer en mí su memoria!... Sí, ya entiendo que no pudieras ser feliz, que tu vida fuera perpetua condenación; sin fe en el amor, sin confianza en el cariño, sin nada de lo que alivia la carga abrumadora de la vida... Si digo que me das compasión, que ahora te quiero como nunca te quise... ¡Condenado eterno de una duda infernal..., ven aquí, ven!... ¡Si yo voy a salvarte! *(Atrayéndole junto a sí y acariciándole.)*

JOSE *(Separándose.)*—Concluyamos. Es inútil que nos atormentemos. En un pronto te dije... lo que me pesa haberte dicho. Pero pedías una razón a mi sospecha... Ya te la di. Ni una palabra más..., si no quieres que esa palabra te muestre la evidencia de una culpa que para ti, por dicha tuya, no existe.

MANUEL.—¡No existe, no! Si conozco la historia, si sé a quién se refiere... don Gabriel, mi protector.

JOSE.—¡Tu padre!

MANUEL.—¡Así tuvieras razón! A poder escoger, no hubiera yo escogido otro padre!... Pero escucha: don Gabriel me refirió muchas veces la historia, la última vez al morir, ya expirante, y en esa hora, la eternidad abierta ante nosotros, nadie miente. ¿Y para qué mentir, si mi corazón como a padre le veneraba? Nuestro padre tuvo celos de su amigo, su hermano casi..., como tú los tuviste

de mí... Dudó de nuestra madre, santa, bendita..., como dudaste tú de María... ¿Por qué? Porque su egoísmo, como el tuyo, era inmenso...; porque vuestro amor no es amor, es apetito; impulso devorador, absorbente, que no tolera voluntad ni vida propias en el ser apetecido, que ahoga y tritura el impulso ajeno... Es tan grande vuestro egoísmo, que no cabéis en vosotros... Sois como esos tiranos conquistadores, ansiosos de poderío, a quienes no les basta con sus dominios y rompen fronteras para avasallar al mundo entero, si pudieran... ¡Eso es amar para vosotros! Ensanchar vuestros dominios... Así amó nuestro padre, así amas tú... ¿Qué vió nuestro padre en las relaciones de don Gabriel con nuestra madre?... Lo que tú has visto en María y en mí, dulce simpatía de dos corazones limpios, honrados; el afecto con que las almas nobles se saludan al conocerse. ¿Con efusión, con entusiasmo? ¡Ya lo creo! Por estos mares de la vida, entre vaivenes y tormentas, saluda uno tanto barco pirata, tanto pabellón extranjero, que al divisar en alta mar nuestra bandera, el corazón pusiéramos por enseña para responder al saludo... Don Gabriel sintió por nuestra madre..., por su memoria me lo juró, purísimo afecto, ¡tan inmaterial, tan inefable, que ni podía tener nombre! Fervor de creyente, entusiasmo de artista, lo más elevado del alma, esencia suya..., eso fué su pasión..., amor, si quieres darle nombre, pero amor que a sí mismo se sacrifica, amor que no puede confundirse con el egoísmo.

JOSE.—¿El que sentiste tú por María?

MANUEL.—¡El que sintió don Gabriel por nuestra madre..., el que yo siento, sí! ¡Mi madre y María bien pueden ir juntas en un recuerdo! Moribundo me confesó por última vez la historia del único amor de su vida... Sabía que mi padre dudó de la virtud de nuestra madre, que por eso nunca me quiso como a hijo. Temió que alguien, ¡habías de ser tú!, pusiera un día en mi corazón la duda horrible de la honra de mi madre..., y quiso que yo supiera la verdad..., y la verdad he dicho, como la dijo él... ¡Aquel hombre no mintió jamás!

JOSE *(Luchando consigo mismo.)*—¡No, no puedo! Lo que mi padre dijo también es sagrado para mí... Evidencia de la sospecha, junto con un recuerdo de mi niñez,

que envenenó mi vida para siempre, que secó de golpe en el corazón el candor del mío, las ilusiones de la juventud, envejeciéndome en un instante. ¡Un beso maldito!

MANUEL.—¿Un beso? ¡Dado con paternal efusión lo sentí mil veces sobre mi frente!... Era el mismo que don Gabriel dió a nuestra madre en el momento de separarse..., cuando, traspasados de angustia, sintiéronse unidos por la sospecha en común infamia. Y ante la virtuosa constancia de la esposa mártir, ante la santidad de la virtud calumniada, fué el beso aquél homenaje de admiración, el primero, el único..., purísimo, como la frente de nuestra madre; santo, como su alma... Sí, le llevo aquí, sobre mi frente... Mi noble protector, mi verdadero padre, exhaló el alma en él... Mi madre había muerto poco antes, lejos yo de ella... "¡Por tu madre y por mí!", dijo al expirar, y me besó en la frente..., y murió al besarme... ¿Callas? ¿Crees en la honra de nuestra madre? ¿Crees que la misma sangre sin mancha corre por nuestras venas..., que soy tu hermano verdadero?... Pues un abrazo, hermano..., y ¡adiós para siempre! *(Le abraza.)*

ULTIMA ESCENA

Dichos y *María.*

MARIA *(Muy conmovida.)*—¡Manuel! La mano... ¡Un beso! *(Le besa.)* Así, en la frente... ¡El de tu madre..., José Luis! Mira... *(Afrontando su mirada.)* Si hubo pasión culpable en nosotros..., ¡mátame, duda de mí..., duda de tu madre!

MANUEL *(Anonadado.)*—¿Qué es esto?... ¿Qué sentí al besarme? ¿Hubo culpa en mí?... Los celos de mi hermano, ¿vieron mejor que yo mismo en mi alma? ¡El alma dejo al separarme de ella!... ¡Era amor! Sí, el único de mi vida. Siento al dejarla lo que no sentí nunca... ¡Corazón traidor!... ¡Oh, lejos, lejos! ¡Adiós! Sed muy dichosos... Perdonad al ave de paso si turbó la tranquilidad de vuestro nido...

JOSE *(Conmovido.)*—¡Adiós, hermano! *(Le abraza.)*

MARIA.—¡Adiós! No para siempre...

MANUEL.—¡Para siempre, no!... Hasta que seamos

uy viejos y no quepan desconfianzas ni recelos entre osotros... Cuando no podamos dudar... ni de nosotros ismos... Entonces volveré a buscar un rincón donde mo-ir en el nido ajeno. *(Sale.)*

TELON

COMPRE USTED

AVENTVRAS

La publicación que más
se lee hoy en España

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.